

Los adultos borrados

CAROLINA TOHÁ MORALES

Tenía ocho años. Esa mañana del 11, me desperté con mi papá¹ saliendo de la casa, con un gesto de ausencia nunca antes visto. Su mente estaba en otra parte. Después mi mamá avisó que no iríamos al colegio y nos fuimos donde mi abuela.

Por el afán que tienen los adultos de proteger a los niños, con muy poco éxito, nos mantuvieron todo el día sin información. Nosotros espíamos las conversaciones, captando pedacitos. Y cuando en la tarde fue el noticiero, me puse detrás de un sofá y vi que había muerto Allende. Igual había captado antes, porque llamaron a mi abuela para avisarle. Y yo la había visto llorando.

Esos primeros meses fueron así: no nos decían nada, pero sabíamos todo. Los niños éramos amigos y los papás tenían historias parecidas. Nos juntábamos a jugar y nos contábamos los pedacitos que cada uno tenía. Era como una red paralela de información. Mi mamá me decía que mi papá estaba en un viaje de negocios y yo sabía que estaba preso. Era un instinto protector poco eficaz, pero comprensible.

¹ Carolina Tohá es hija del abogado y político socialista José Tohá González, que fue ministro del Interior y de Defensa durante el gobierno de Salvador Allende. Luego del golpe, fue enviado prisionero a Isla Dawson y posteriormente, tras sufrir torturas, murió en 1974 en el Hospital Militar.

No entendíamos los detalles, pero lo grueso sí: golpe de Estado, Pinochet, papá preso. Cuando las personas hablan de esto, piensan que lo dramático fue que mataron a tu papá. Y, claro, fue lo más dramático, pero aquí empezó a pasar algo antes de que muriera mi papá: se acabó el mundo que yo conocía. Nada quedó en su lugar, todos mis tíos estaban presos. Mis tíos reales y políticos. Todos mis amigos tenían una tragedia. La normalidad no existió por mucho rato. Y la verdad es que nunca volvió.

De aventura a tragedia

No regresé más al colegio, hasta llegar a México², en abril del año siguiente. Mi sensación era como de estar en un mundo sin adultos.

Primero, mi papá no estaba. Mi mamá estaba en otra, no había clases, me mandaban a juntarme con amigas y quedaba ahí como por la libre. Era como que los adultos se habían borrado. Dejó de haber vida familiar.

Cuando mi papá no había muerto todavía, yo sentía que era una aventura. Había muerto Allende, eso era terrible, pero tres meses en la vida de un niño son mil años. En estas situaciones dramáticas, los adultos desaparecen, entonces los niños toman libertades que nunca han tenido, y todo pasa a ser extraordinario. Eso tenía todas las características de una aventura.

Ahora, conscientemente, yo sabía que había una situación grave, pero lo era para los adultos. Y esa sensación fue la que pasó a ser muy distinta cuando empecé a ver a mi papá preso y, después, cuando lo mataron. Ahí cambió totalmente la sensación.

Prisión igual a muerte

Hubo días en los que mi mamá no sabía dónde estaba mi papá. Primero, supo que lo habían llevado a la Academia de Guerra, porque la llamó un militar para avisarle. Pero cuando lo mandaron a Isla Dawson, supo unos días después. En esos meses, antes que mi papá muriera, vio varias

2 Carolina Tohá junto a su madre y su hermano salieron al exilio rumbo a México poco después de la muerte de su padre.

veces a Pinochet, a Leigh³, entre otros. Los conocía, porque mi papá había sido ministro de Defensa. En alguna de esas reuniones, le dijeron dónde estaba. Y yo lo supe casi al mismo tiempo, mis amigas – las hijas de Carlos Jorquera⁴, Alejandra y Daniela– me contaban, porque su papá también estaba allá.

Cuando mi papá volvió a Santiago, lo vi y, a pesar de que mi mamá me advirtió que no lo iba a reconocer, no lo encontré tan raro ni tan irreconocible, pero estaba en un estado físico deplorable. Ahí la cosa pasó de aventura, a tono de tragedia.

Lo encontré muy distinto. Mi papá era un hombre que medía un metro y 95 centímetros y pesaba 48 kilos. Pero mi mamá me había advertido tanto, que cuando lo vi, sentí que tenía a mi papá de nuevo. Tengo la sensación de haber salido y haber sentido una fragilidad tan grande, de estar a la intemperie, de una cosa que yo de niña nunca había tenido. Antes sentía que era todo tan sólido. Además, estar en el Hospital Militar, con militares que habían estado rodeando nuestro mundo, en mi casa, reuniones, que eran sedas cuando mi papá era ministro. Y que en este lugar eran otra cosa, amenazante total. Fue muy fuerte.

Y fue muy rápido, entre que mi papá volvió y se murió, pasó un mes y medio. Ahí la cosa cambió totalmente de tono. Empezó la sensación de pérdida y todo tenía otra lectura. Sentía que todos los papás de mis amigos que estaban presos, se podían morir. Comencé a asimilar prisión con muerte.

“Nunca más voy a sonreír”

Conversaba mucho con mis amigas. Especulábamos, nos preguntábamos cuándo iban a volver, qué iba a pasar. En el fondo, no teníamos idea. Dentro de las posibilidades, no estaba irnos al exilio o que iban a matar a mi papá.

3 Jorge Gustavo Leigh Guzmán fue un militar chileno que se desempeñó como comandante en jefe de la Fuerza Aérea de Chile (FACh) desde 1973 hasta 1978. Fue miembro de la Junta Militar de Gobierno durante la dictadura.

4 Carlos Jorquera Tolosa era periodista y fue secretario de prensa de Salvador Allende, a quien acompañó hasta el último momento, viviendo el bombardeo en La Moneda. Luego fue detenido, enviado a Dawson y posteriormente exiliado a Venezuela.

Cuando murió, la primera reacción que tuve fue como que se había terminado la felicidad. Lo primero que dije fue “mamá, nunca más voy a volver a sonreír”. No fue así. Era una niña, al poco rato estaba jugando, pero me volví una niña hiperconsciente, hiperresponsable. En realidad, dejé de ser niña.

La sensación fue que mi vida ya no dependía del entorno inmediato, sino de una cosa que pasaba mucho más allá de mi familia, mis amigos, mi colegio. Entonces mis ojos se fueron para allá, a esa edad, y quedaron ahí para siempre. Desde ahí empezó la inquietud política, la sensación de responsabilidad gigantesca. Pero responsabilidad no sé de qué a los ocho años.

Como tenía esa disposición a la responsabilidad y a tomarme todo muy en serio, enfocaba mi trauma en otras cosas. Por ejemplo, me volví temerosa, paranoica, y fue un problema por varios años. Cuando nos fuimos a México, fue terrible subirme al avión. O tenía un terror espantoso a los temblores. Me volví súper temerosa cuando salía mi mamá, pensaba que no iba a volver.

A México nos fuimos el 7 de abril, tres semanas después de que murió mi papá el 15 de marzo.

Yo tenía terror de irnos, de perder a mis amigos, de llegar a un país distinto, que no iban a hablar español, terror al avión. Pero llegamos y lo amé. Primero, por cómo nos recibieron. La colonia pequeña que había, se afanaba en ayudar, ser solidarios, dar facilidades de todo tipo: en los colegios, para conseguir pega, para conseguir casa, para todo. Nos acogían y eran cariñosos. Y viniendo de Chile, de esta tristeza, de esta pérdida, de esta cosa oscura, gris, el nuevo país era como la exuberancia del color. México para mí fue una salvación, una invitación a reenamorarse de la vida.

Allá fuimos al Colegio Madrid. Era enorme, lo había hecho la colonia española exiliada, así como nosotros, y recibió muchas otras colonias de otras dictaduras en Latinoamérica, entonces, fue un lugar hiperacogedor. No eran niños que me miraran como bicho raro, sino que entendían esta historia. En otro lado, había pasado lo mismo.

En ese colegio, la cultura del refugio, de la persecución, de venir arrancando, estaba totalmente instalada, naturalizada. Era un lugar en que uno se sentía parte de una causa heroica.

Nunca más a salvo

Cuando estábamos en México, los amigos de mi papá siguieron presos y fueron saliendo de a poco. Uno de ellos fue Orlando Letelier, que se fue a EE.UU. y en una de sus giras, viajó a donde estábamos nosotros. Mi mamá me dijo que quería que me juntara con él para que me hiciera recuerdos de mi papá, de la prisión.

Fue súper bonito, me contó anécdotas, cosas lindas, divertidas, cariñosas, sus recuerdos de mi papá, pura buena onda. A los dos meses, mataron a Orlando.

Lo supe en el colegio y cuando llegué a la casa, encontré a mi mamá cocinando.

– Mamá, mataron Orlando Letelier.

– Sí–, me dijo, compungida... Pero siguió cocinando.

Para mí fue muy impactante su muerte, porque fue la sensación de que nos iban a matar a todos. Orlando ya había salido, estaba libre, en Estados Unidos. Cuando lo mataron, mi sensación fue “esto no se va a terminar nunca, nos va a perseguir por todos lados. Nunca más vamos a estar a salvo”.

No tuve miedo por mí, pero sí por mi mamá. Cuando no ha muerto ninguno de tus papás, son inmortales, son gigantes, son poderosos. Pero cuando se muere uno, tú te das cuenta de que se pueden morir en cualquier momento.

El pozo de cocodrilos

Mi mamá fue súper determinada a no transformarnos en víctimas y a infundirnos momentos de alegría, amor por la vida, curiosidad. Nunca se tiró a morir ni mostró sufrimiento. Pero como yo había desarrollado esa hiperresponsabilidad, vivía preocupada, tomando actitudes protectoras.

Ella nunca fue una persona que se mostrara frágil, ni víctima, ni nada. Pero yo ya actuaba como adulta, no como niña.

Volvímos a Chile el '79, a mis 14 años. Ahí no conversamos nada. Mi mamá decidió y nos notificó. No hubo deliberación.

Nos mandó de vacaciones a Chile el '78 solos y me encantó venir. Me reencontré con la familia, fue muy bonito. Poco después de llegar

a México de vuelta, mi mamá nos dijo: “Nos vamos a volver a Chile” y hasta ahí me duró el entusiasmo.

Lo que me dolía es que yo pensaba que Chile iba a estar siempre ahí, era nuestra casa, nuestra familia. Pero si nos íbamos de México, lo íbamos a perder. No me quería venir. Lo hice a tirones y con el terror al avión.

Pero llegué y a la semana estaba fascinada, hiper adaptada. Enganché, me hice amigos en el colegio. Armé un espacio cercano, un nidito de protección, de cariño, de complicidad, en un colegio alternativo y chico, el Francisco de Miranda, todos con una historia parecida. Pero de ahí para afuera era todo lo contrario de México: era puro peligro, una amenaza, una sensación de no poder ser. Yo sentía amenazas en todas partes, me sentía clandestina, aunque no lo era.

México era un lugar lúdico, colorido, gozador. Chile era gris, oscuro, opaco, ahogado. Lo pienso y siento un estremecimiento. Lo íntimo era muy rico, era cálido, era intenso. Pero de ahí para afuera era un pozo de cocodrilos.

Operada del peligro

Como a los 15 años, empezamos a participar en política, en grupos de reflexión, de formación, organizaciones chiquititas que fueron creciendo, preparación de movilizaciones, de acciones. Empecé a ser dirigente estudiantil en el colegio.

Mi vínculo con el espacio era de militancia y de una postura contestataria, crítica. Siempre la adolescencia y la juventud es un tema muy identitario, pero cuando le sumas una militancia política en dictadura, y que estás en una red donde hay muchos que son víctimas, esa intensidad alcanza dimensiones desbordantes.

Uno salía todo el tiempo, con mucha cautela. Y pasaba algo muy lindo, gente que se acercaba y me decía calladita: “Yo soy de los de ustedes, conocí a su papá”. O te detenían –me detuvieron varias veces– y entremedio se acercaba un carabinero y te decía: “Yo conocí a su papá”. Siempre era para callado, con esa sensación de vivir en un mundo prohibido.

Mi mamá lo pasaba pésimo porque yo pasaba detenida y, además, no le avisaba nada. Por haber vivido toda esa situación, me volví operada de los nervios. Hacía todo tipo de cosas y era temeraria total.

Y no era porque me gustara el peligro, sino porque cuando vives con tanto de eso encima, necesitas bloquearlo como sensación. Yo podía ser cautelosa mentalmente, pero ese estado de alerta, simplemente no lo tenía.

CAROLINA TOHÁ Militante del PPD. Hoy es ministra del Interior y Seguridad Pública del gobierno de Gabriel Boric. Es doctora en Ciencias Políticas y académica. Fue dirigente estudiantil, diputada, alcaldesa y ministra en los mandatos de Ricardo Lagos y Michelle Bachelet. Tiene dos hijos.

Cortesía LOM ediciones